

133. 7.^a Conviene también que el predicador se ponga á veces en el número de los que corrige, y se aplique las reconvenciones, consejos y enseñanzas, y así parezcan menos acres, y pueda mejor introducirse en el corazón del oyente.

134. 8.^a En las reconvenciones justas y necesarias en general, conviene mezclar alguna excusa atenuante para que no aparezcan tan severas. A veces lamentando el desorden, dejando que cada uno se lo aplique. Puede revestir estas formas: *Siento; permitidme... el amor que os tengo me obliga*. Muchas veces un cumplimiento delicado, un elogio merecido suavizará una amarga lección, ó servirá de principio ó transición muy fina para reprender grandes errores, ó reformar las costumbres, como lo hizo el Apóstol con admirable delicadeza en el Areopago de Atenas. Tales precauciones pueden usarse con tal que no sean exageradas hasta contemporizar con el pecado, y entonces ganaremos muchísimas más almas á Jesucristo.

LECCIÓN IX.

Sermonarios.

135. Los sermonarios, esas magníficas colecciones de sermones de brillantes y elocuentes oradores, que han sabido reunir hombres de gusto, pronunciando sobre ellos un juicio crítico favorable, no puede negarse que, manejados con el debido modo, son de grandísima utilidad bajo muchos conceptos. Allí como en vasta pradera las flores de la elocuencia abren su cáliz y ofrecen su néctar delicioso á la abeja laboriosa, que solícita forma sus ricos panales. Allí se encuentran multitud de ideas morales y religiosas aplicadas á casos prácticos; ingeniosos y bien acabados planes de sermones; admirables giros de gran facilidad y soltura; pensa-

mientos perfectamente desarrollados; bellezas sin cuento esparcidas en esas magníficas composiciones. Allí por el brillo de las imágenes, la grandiosidad de las figuras, el fuego de la frase y la armonía del estilo, por el resorte oculto del arte se ponen en movimiento las pasiones más vehementes del hombre, y se tocan las fibras más delicadas de su corazón. Este estudio convida, pero no puede abusarse de él. Para el buen uso de los sermonarios deben tenerse presentes las siguientes reglas:

136. Regla 1.^a Aquellos predicadores que, sin otros estudios de oratoria, y sin más recursos que su buen deseo, se lanzan á la carrera del púlpito, los sermonarios deberían ser el todo para ellos, dice el Dr. Sánchez Arce.

137. 2.^a No deben imitarse exactamente el estilo y formas que se han estudiado, pues esto con frecuencia embarrasa, y no permite el vuelo necesario al propio genio. Estos modelos sirven no tanto para vaciar en ellos con escrupulosidad los pensamientos, cuanto para assimilarlos.

138. 3.^a No desanimarse si uno se ve lejos de su modelo, y considerar si tales defectos son esenciales, que entonces deben corregirse; si accidentales, no hay que pensar que debemos modelar rigurosamente nuestros pensamientos á los ajenos; que entonces todos los sermones serían iguales.

139. 4.^a Los sermonarios son tipos de imitación, mas ésta no debe ser servil; pues resultaría un verdadero plagio, que es vestirse con ropa ajena; y tomar retazos de aquí y allí es destruir el mérito de los sermones, desvirtuar su bondad y formar tal vez un zurcido monstruoso.

140. 5.^a La imitación noble y racional, ha dicho el citado Sánchez Arce, «consiste en hacer plegar el genio de los buenos autores á nuestro genio, sin que jamás el nuestro se plegue al suyo;» pues lo contrario impide el desarrollo de la inteligencia, mata el propio talento. Y siempre debe tenerse presente que una composición trabajada por sí mismo, aunque no tenga tanto mérito, se expresa con más fuego, con más convicción y energía, mucho mejor que la ajena.

141. 6.^a La recomienda el Dr. Martínez y Sanz; en el

momento crítico de la preparación para predicar no se lean ni estudien estos modelos por buenos que sean, pues reconcentrándose en estos momentos la atención en la materia del discurso, le perjudicaría. Y continúa este autor: «La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginación, ó enfrena los arranques del corazón, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven orador.»

Tengan, pues, los jóvenes amantes de la elocuencia sagrada, bien presentes estas reglas. ¡Cuántos de ellos han malogrado su talento sepultándolo bajo el rigor del molde de la imitación servil, cortándose á sí mismos las alas impidiendo su propio vuelo, ó por pereza en la composición, ó por no haber atendido á estas provechosas reglas! «Todos los días, dice el Sr. Bravo y Tudela, se oyen discursos íntegros ó grandes fragmentos de sermones muy conocidos, y cuyo contenido disuena en los que de ellos se sirven y en el lugar en que se pronuncian; contra este abuso tan lamentable se han escrito innumerables pastorales, y continuamente claman en este sentido los amantes del esplendor del púlpito.»

LIBRO II.

DISPOSICIÓN.

LECCIÓN X.

Disposición ó plan del discurso.

142. Después que el orador ha ido recorriendo las fuentes de la *Invención*, recogiendo todos aquellos materiales que ha juzgado necesarios para su obra, conviene meter mano á aquel informe montón de tanta variedad de cosas, clasificándolas, disponiéndolas y arreglándolas para aquel fin que se propone, poniendo cada cosa en su lugar correspondiente, así como el general ordena y coloca las fuerzas de su ejército para librar la batalla y conseguir la victoria. A esta operación llamaron los antiguos *Disposición*, que los modernos llaman *Plan del Discurso*, que es determinar el objeto que uno se propone; y más cuesta por lo común fijar este plan que el componerlo, como lo demuestra la práctica.

143. ¿Habeis ya meditado bien sobre la materia, profundizado bien los principios, visto el fondo de vuestro asunto, considerado sus consecuencias prácticas y sus más notables relaciones? «Es aquí que el arte empieza, dice el cardenal Maury. Es tiempo ya de fijar vuestro plan; y es casi siempre la parte que cuesta más trabajo al orador, y que